



AFRICA ORIENTAL.—¡OH NUESTRAS LANZAS, NUESTRAS HERMOSAS LANZAS! — Reproducción directa de fotografía enviada por el P. Cayzac. (Pág. 174).

CARTAS DE MISIONEROS

MISIONES EN EL BRASIL

Un Misionero Redentorista asesinado

Al Rdo. P. Enrique Chaulcel, redentorista, debemos agradecer la siguiente conmovedora relación del vil asesinato de un misionero de la misma benemérita Orden, víctima del odio que en los corazones embrutecidos anida contra la virtud y contra la santidad. Estas son las consecuencias de predicar tanto libertineje, y estos *guaskos* son los modernos salvajes, más difíciles quizás de civilizar que los salvajes auténticos. ¡Dios tenga piedad de estos desgraciados, que habiéndole conocido blasfeman contra El, se burlan de sus leyes, y odian sus ministros!

EL R. P. Juan B. Schaumberger, así se llamaba esta víctima ofrecida al Señor en holocausto por la salvación de muchas almas. Llevado de su celo y movido por la voz de Dios dejó su amada patria de Baviera, y atravesando los mares penetró en el Brasil para enseñar á tantas almas abandonadas el amor á Jesucristo, y en esa tierra recompensó el Señor su celo con gloriosa muerte que muy bien podríamos llamar heroico martirio.

El día 1.º de Abril del presente año de 1908 volvía el P. Schaumberger de cumplir con el ministerio en la parroquia de Penha de França. El día era caluroso y la hora la más incómoda (eran las tres de la tarde). No obstante la fuerza del calor y atraído por el hermoso y ameno paseo que hasta el convento seguía, baja del

tranvía dispuesto á rezar con fervor y recogimiento el Breviario. Abstraído su espíritu por la consideración y los pensamientos tan sublimes que á todo sacerdote fervoroso inspiran los Salmos, no reparó en un mesón donde se hallaban reunidas varias personas de ideas muy contrarias y opuestas á la Religión. Entre los comensales se distinguía muy bien la fiera y atlética figura de *Guaska*, muy conocido en toda la comarca por su impiedad y por el odio rabioso que á la Religión y sus ministros profesaba.

Al ver tan recogido y piadoso al misionero, algo extraño pasó por el ánimo del impío *Guaska*, cruzó por su mente una idea infernal. Interrumpe de pronto la animada conversación que con los compañeros sostenía, sale al dintel de la puerta, llevando en la mano el látigo, clava su feroz mirada en el sacerdote, examina la dirección que toma, y volviéndose á los presentes:

—¿Veis ese cura? les dice, pues bien, voy en este mismo instante á arreglarle las cuentas.

Penetra de nuevo en el figón, bebe un último vaso de aguardiente y, enardecido sin duda por el licor, comienza una blasfema y soez arenga contra la Religión y sus ministros, terminada la cual abandona el mesón entre gestos amenazadores y significativos.

No muy lejos pacía tranquilamente su caballo la seca

15 DE AGOSTO DE 1908

hierba que en el camino había. *Guaska* lo toma por la brida, monta con gran ligereza y se lanza camino adelante en busca de la víctima. El Misionero Redentorista seguía tranquilo rezando el Breviario. Al verle *Guaska* detiene el trote del caballo y sin estremecimiento, sin el menor asomo de temor, á sangre fría, como ejecutando un plan de antemano bien concebido y meditado, se acerca al Padre y sin pronunciar una palabra y con riguroso empuje le descargó fiero latigazo. Sorprendido el P. Schaumberger y como aturrido por el dolor, pues le había cruzado el rostro, quiere huir para evitar tan bárbara é inesperada agresión, y se resguarda tras uno de los postes del tranvía eléctrico. *Guaska* le sigue dándole siempre nuevos latigazos, procurando echar al Padre en tierra para acabar con él y matarle. No logrando su intento con la prontitud por él deseada, recoge el látigo, toma el revólver que al cinto lleva, apunta y dos tiros rozan á la víctima sin hacerle ningún daño. Con todo el Padre había sido muy maltratado por su verdugo, y no pudiendo ya sostenerse por más tiempo cae y rueda por el suelo. El verdugo canta victoria, sereno y como triunfante por tan bárbara hazaña, y creyendo muerta á su víctima se aleja satisfecho de haber asesinado vilmente á un sacerdote, á un ministro de la Religión tan odiada de su corazón corrompido.

Sin duda que Satanás le inspiraba; cuando ya iba á perder de vista al que creía moribundo misionero, vuelve atrás la cabeza y ve, con asombro, al Padre de pie, sin sombrero, sacudiendo nuevamente el polvo de la sotana y en disposición de continuar su marcha hacia el convento. Verlo *Guaska* y volver hacia él á todo correr del caballo fué obra de un momento; furioso, lleno el corazón de odio y rabia, se lanza contra el Padre, le descarga tercer tiro de revólver; herido el misionero en el vientre, vuelve á caer en medio del camino. ¿Quedará satisfecha la rabia del verdugo? No. Obliga al caballo á dar vueltas al rededor del ensangrentado cuerpo del P. Schaumberger, y por fin, deseoso de acabar lo más presto con su víctima, quema el último cartucho que le quedaba y abundante sangre se mezcla con el polvo del camino. Momentos después la hermosa alma del Misionero Redentorista iba á recibir la eterna recompensa del cielo.

Algunas mujeres asistían, mudas de espanto, á tan lúgubre drama, sin que osaran acercarse al asesino y contener su brazo. Avisada entre tanto la policía, se presentan cuatro guardias ó polizontes y detienen á *Guaska*.

—Date preso, le dice el oficial.

—¡Preso! grita *Guaska* airado, ¿preso? Y ¿por qué?

—Por haber cometido un asesinato. ¡Has matado á un hombre!

Y aquella fiera, embriagada sin duda por la sangre del sacerdote que acaba de asesinar:

—He librado, exclama, á la tierra de un demonio.—Y diciendo esto quiere huir. Mas viendo un revólver apuntado contra él, duda y rodeándole los guardias le bajan á la fuerza del caballo y lo sujetan con las esposas.

Al ver la muchedumbre muerta al Padre Misionero y atado el verdugo, quieren vengar en éste la muerte de su Padre y con dificultad le pudieron librar de las jus-

tísimas iras de aquel pueblo indignado contra tan bárbaro asesinato.

Entretanto el cadáver yace en tierra, extendidos los brazos en forma de cruz y mirando al cielo; sin duda que el P. Schaumberger, Misionero Redentorista, ora y pide por su verdugo.

ASESINATOS EN PERSIA

Los periódicos locales dan cada día nuevos y dolorosos detalles acerca la crisis revolucionaria que agita actualmente la Persia. Procedente de este país es la carta que damos á continuación, cuyo objeto es mover el corazón y la caridad de nuestros lectores en favor de las miserias que les expone el Ilmo. Sr. Lesné.

CARTA DEL ILMO. SR. LESNÉ, LAZARISTA, DELEGADO
APOSTÓLICO

DESDE algunos años á esta parte, la pobre Persia es víctima de toda suerte de calamidades. Unos años, copiosas lluvias sobrevinidas cuando las mieses están casi sazonadas, lo destruyen todo; otros, el excesivo frío del invierno, junto con la sequedad del terreno, dan igual funesto resultado; otros, en fin, numerosas plagas de parásitos invaden los campos y destruyen las semillas. Actualmente la guerra con todos sus horrores es la que asola el país.

Desde hace algunos meses, los Kurdes, bandidos de profesión, infestan las carreteras, asesinan á los pacíficos viajeros y ejercen otros mil bandolerismos por el estilo en el llano de Urmiah, devastando, robando é incendiando los pueblos cristianos. Las gentes indefensas que han sacrificado estos bárbaros desalmados son innumerables. En las localidades que están bañadas por algún río, para acabar más presto con las mujeres y los niños los echaban al agua y los ahogaban. Hace ocho días que en Babari, pueblo que está á pocas horas del nuestro, lo pasaron todo á sangre y fuego. La iglesia fué robada y saqueada; el párroco pudo salvarse echándose al río y ganando á nado la orilla opuesta.

Los que han escapado á la muerte nos llegan en un estado lamentabilísimo, medio desnudos y muertos de hambre. Por nuestra parte hacemos cuanto podemos para atender á sus primeras necesidades y para consolar á estas pobres gentes. Desgraciadamente son tan numerosas que han agotado nuestros recursos. ¡Dígnese la Divina Providencia ayudarnos con pronto y abundantes socorros!

En todos mis apuros he acudido á la caridad de los generosos lectores de *Las Misiones Católicas*, quienes siempre han atendido mis súplicas. Esta vez también, así lo espero, escucharán la suplicante voz del viejo Obispo de Persia, y le ayudarán á remediar, por lo menos á aliviar, la horrible miseria de que es testigo.

TANGER (AFRICA ESPAÑOLA)

Fiestas en honor del nuevo Prelado

Entresacamos de una correspondencia fechada en Tánger el 5 de Julio:

ADemás del entusiasta recibimiento que se hizo á nuestro ilustrísimo Prelado, hubo tres días de fiestas, comenzando éstas con un repique de campanas, al

que se siguió la iluminación de la torre y fachada de la Misión, de las casas de los cristianos vecinos, del arco de triunfo levantado en medio de la calle y de todo el resto de ésta por medio de grandes arcos voltaicos colocados expreso para estos días. No hay para qué decir que el concurso de gente fué grandiosísimo, pues además de ofrecer todo un conjunto bellísimo, patentizaban de esa manera las colonias europeas su gozo por la elevación de esta Prefectura á Vicariato, y el amor que siempre profesaron al que el Vicario de Jesucristo nos ha dado por Pastor. Durante todo el tiempo de las fiestas la banda infantil y una charanga compuesta de buenos músicos españoles, alternaban tocando lo más escogido de sus repertorios, echábanse cohetes y bombas y elevándose varios globos; todo lo cual contribuía muchísimo á amenizar el concurso que nada sentía más que el reloj de la Misión anunciase las diez de la noche, hora en que se suspendían las fiestas hasta el día siguiente.—Hubo además otros festejos particulares, entre los que merecen especial mención las tres veladas que los Religiosos, las niñas y los niños celebraron en honor del Ilmo. P. Cervera.

La primera de estas manifestaciones de entusiasmo y regocijo la dieron los Religiosos, celebrando en la Misión católica una solemnísimas velada que fué científica, literaria, políglota y musical, la primera quizá que se ha celebrado en Marruecos, por lo que dejará un recuerdo indeleble en los fastos de esta Misión y en cuantos la honraron con su asistencia. A ella concurren, ya que no todos los Religiosos de la Misión, pues no era posible, al menos todos los Padres Presidentes de las residencias de la costa marroquí y algunos Religiosos más, siendo para los Misioneros un motivo más de gozo el poderse ver y abrazar tantos juntos, cosa rarísima en este país. También asistieron á ella el excelentísimo señor Ministro de España D. Alfonso Merry del Val, el primer Secretario de la Legación española D. Alejandro Padilla y muchísimos más invitados de todas las clases sociales de la población. De una manera análoga honraron también al ilustre Prelado las niñas del colegio de las Madres Franciscanas. Aquéllas en número de unas quinientas, de las que muchas son judías, rivalizaron en demostrar su agradecimiento á su amadísimo Pastor que tantas pruebas de amor ha dado á la niñez, desvelándose siempre por sus adelantos y educación esmerada. La concurrencia á esta inocente y simpática fiesta fué no sólo numerosa, sino también escogida, figurando en ella la señora del señor Ministro español y lo más selecto, no sólo de la colonia cristiana, sino también israelita.

Terminada la Velada desfilaron todas las niñas ante el ilustrísimo señor Obispo, quien, visiblemente emocionado por lo inocente y simpático del acto que se acababa de realizar, les dió á besar el anillo pastoral y les entregó por su mano propia unas estampas conmemorativas, dulces que las inocentes criaturas recogían llenas de satisfacción y gozo. No fueron menos entusiasmados los niños del colegio que dirigen los Padres Franciscanos. Estos tomaron también á pecho el demostrar al nuevo Obispo su amor; y ciertamente que lo lograron con su hermosa Velada literaria, políglota, musical é infantil. El salón primorosamente arreglado era un verda-

dero teatro que no desdiría nada en una ciudad europea, haciendo olvidar á los concurrentes de que se encontraban en Marruecos. La Velada, que tuvo dos partes, dió principio con la Marcha Real saludando á la bandera española que se ostentaba en el salón, á lo que siguió un hermosísimo himno titulado *¡Viva el Obispo!* que cantaron los niños con la mayor afinación, y que arrancó de los asistentes una atronadora salva de prolongados aplausos. También se leyeron discursos y poesías muy graciosas en español, francés, inglés y árabe, que son las lenguas que se enseñan en el colegio. La banda infantil compuesta de alumnos del colegio y dirigida por uno de los Religiosos Franciscanos, tocó con maestría piezas difíciles y de muy buen gusto, algunas de ellas compuestas para el acto, y que merecieron los aplausos de los concurrentes.

He aquí á grandes rasgos los festejos que, tanto el pueblo de Tánger en general como los Padres Misioneros y alumnos de sus colegios han hecho en honor de su Pastor. ¡Quiera el cielo hacerle feliz en medio de esta grey que se le ha confiado y que un día nos hallemos todos en el cielo!

NOTICIAS VARIAS

Lyon.

Honrosa distinción al Presidente del Consejo central en Lyon, de la Obra de la Propagación de la Fe.—M. Henry Saint-Olive, presidente del Consejo central en Lyon de la Obra de la Propagación de la Fe, ha sido nombrado por S. S. Pío X comendador de la Orden Pontificia de San Gregorio el Grande. En el Breve laudatorio que le ha remitido, en nombre del Sumo Pontífice, Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Lyon, se enumeran los múltiples títulos por los cuales el señor Saint-Olive merecía tan alta distinción: Obra de San Francisco de Regis, Obra de San Leonardo, Hospital de San José, y primero que todas la Gran Obra lyonesa de la Propagación de la Fe. Los amigos del apostolado y los misioneros todos aplaudirán este acto de alta benevolencia tan dignamente merecido.

Canarias.

Progresos materiales.—Dentro de un año, en virtud de un contrato con una casa francesa, dice la «*Depêche Coloniale*,» España se comunicará por medio de la Telegrafía sin Hilos con sus Islas Adyacentes, Canarias y Baleares. Se han de establecer siete estaciones en aquéllas y dos en éstas. Unas y otras han de estar en comunicación continua con las 15 que se colocarán en el Litoral de la Península. Además una de éstas ha de estar en comunicación con Clifden, de modo que España podrá, mediante el servicio Marconi, comunicar, y en unión del cable submarino británico y alemán, con la América del Norte. También se ha adelantado la noticia de que pronto quedarán debidamente establecidas comunicaciones por medio de la Radiografía entre Pernambuco y Tenerife. Y, en este caso, ya las Estaciones de España formarán un verdadero enlace entre Europa y la América del Sur.

—Por cuenta del Estado español se va á tender un cable entre la Península y las Canarias. Desde Cádiz se atará á la isla de Tenerife: de ésta á la Gran Canaria, Palma y Gomera; de ésta á la isla de Hierro y de la Gran Canaria á Fuerteventura y de ésta á Lanzarote. Así todas las islas quedarán en

comunicación telegráfica con la Península. Para este mejoramiento se ha votado un crédito de cinco millones de pesetas.

Constantinopla (Turquía).

Consagración del nuevo Obispo de Sivas-Tokat.—Leemos en el *Levant Herald* del 22 de Junio:

«Ayer se verificó en la iglesia patriarcal armenio-católica de Sakiz-Agatch la consagración episcopal del Ilmo. Sr. Ketchedjian, arzobispo de Sivas-Tokat. La ceremonia empezó á las ocho en punto. La embajada francesa estaba representada por M. Cuinet, segundo dragomán (1), quien ocupó la silla que se le había preparado delante del coro.

«Estaban presentes en el coro el Ilmo. Sr. Borgomanero, vicario general de la delegación apostólica; el Ilmo. Sr. Miroff, obispo búlgaro-católico, acompañado del P. Boneff; los vicarios de los Patriarcas melquita, caldeo y siríaco; el Padre Lobry, visitador de los sacerdotes de la Misión; el P. Bruno, superior de San Luis; el P. Alfonso, superior de San Jorge, y numerosos eclesiásticos latinos de esta ciudad.

«S. B. el Ilmo. Sr. Sabbaghian ofició de pontifical, siendo asistido durante la ceremonia de la consagración por el ilustrísimo Sr. Kutchadourian, obispo de Malatia, y por el ilustrísimo Sr. Sislian, obispo de Cesárea. La ceremonia, imponente y majestuosa, produjo honda impresión.»

El Ilmo. Sr. León Ketchedjian nació en Marache en 1860. Pertenece á una antigua familia noble, muy querida en todo el país. A los quince años ingresó en el Seminario de Bzommar (Monte Líbano), donde permaneció hasta 1881, año en que fué admitido en el Colegio de la Propaganda. En 1883, ó sea dos años después, pasó al nuevo Seminario armenio recientemente fundado en Roma. Allí terminó sus estudios: fué ordenado sacerdote el 28 de Mayo de 1888 y presentado á Su Santidad el Papa León XIII, que entonces celebraba su Jubileo, como primer sacerdote salido de aquel nuevo Seminario. Un año después el P. Ketchedjian regresó á Marache. Por espacio de quince años ejerció el apostolado en diversas Misiones de esta vasta diócesis; en 1901 fué llamado á Constantinopla por el Ilmo. Sr. Emmanuelian, quien le nombró secretario del Patriarcado. Ultimamente fué destinado al Seminario de Bzommar para enseñar Teología.

Vacante la diócesis de Sivas-Tokat por la dimisión del ilustrísimo Sr. Hadjian y hallándose en la lista de los candidatos propuestos el P. Ketchedjian, el santo Sínodo le eligió por unanimidad de votos.

El Ilmo. Sr. Ketchedjian conoce perfectamente las lenguas armenia, turca, francesa, latina é italiana.

Con la actividad y celo apostólico que le adornan continuará la hermosa obra de su venerable predecesor.

Alto Nilo (Africa ecuatorial).

Primeras conversiones Massais.—El Rdo. P. Luke Plumkett, de los misioneros de Mill-Hill, nos escribe desde Raivash, via Mombasa:

«Por fin vemos realizados nuestros deseos. Después de algunos años de incesante labor hemos logrado fundar una Misión entre los Massais del Este africano británico. La tribu Massai, que es numerosísima, es de las más belicosas del Africa.

«La Misión se ha establecido en Naivasha, lugar que dista 390 millas de la costa, y está junto á la línea férrea del Uganda, entre los fértiles y amenos campos del valle de Ruffi, des-

(1) Nombre que se da á los intérpretes en las escalas de Levante.

tinado á ser tierra favorita de los colonos europeos y de cuantos busquen los trofeos de la caza mayor.

«El día de la Inmaculada por la mañana se presentaron á la Misión un Massai llamado Aimari, su esposa Normirisho, y un niño de tres años, el cual, según declararon, querían que fuese cristiano. Como me pareciese sincera la demanda, no titubeé en bautizarle. Para dar mayor solemnidad al acto convenimos en que volverían el día siguiente, que era domingo, por la mañana, á la hora en que se reúnen todos los cristianos de la localidad.

«La ceremonia se celebró después de la Misa de las ocho. Un joven irlandés católico, M. Doherty, oficial veterinario, hizo de padrino. El niño recibió el nombre de Tomás.

«Actualmente sus padres se hacen instruir en las cosas de Dios, y me han dicho que pronto volverán á la Misión con sus otros dos hijos para que también los bauticemos.»

Africa alemana.

Progresos materiales.—Los asuntos coloniales fueron discutidos con gran interés en el Reichstag en Marzo último, tomando parte en la discusión diputados de todos los partidos. Mr. Dernburg, ministro de las Colonias, desenvolvió largamente su nuevo programa cuyos puntos principales son éstos: 1.º Mayor protección legal garantizada á los indígenas, aun contra ciertos colonos europeos, para que se persuadan de las ventajas de pertenecer á la colonia. 2.º Desarrollo eficaz de las Misiones religiosas las cuales pueden influir en la educación moral, más que otro ningún elemento y aun formar un obstáculo contra la invasión del elemento musulmán en el Norte de la colonia del Africa oriental. 3.º Limitar la importación del diabólico espíritu de alcohol de acuerdo con otras naciones. 4.º Construcción de vías férreas en los puntos que ofrezcan interés comercial ó estratégico. 5.º Disminución de fuerza militar en la colonia del Sudoeste africano, etc. Estas declaraciones fueron oídas con aplauso por la mayoría de la Cámara.

El Consejo federal aprobó ya el presupuesto de 150.000.000 de marcos para construir 1.450 kilómetros de vía férrea en las colonias en esta forma: 180 km. para un ramal de la línea de Luederizbay; 180 km. en la colonia de Togo; 350 km. en Kamerun; 45 en el Africa oriental y 700 km. para continuar la vía desde Mogoro á Tabor. A excepción de esta última, las demás vías férreas pertenecerán por entero al Estado.

China.

Noticias varias.—El corresponsal de *Razón y Fe* escribe desde Zikawei, con fecha 14 de Junio, á dicha importante revista:

«1. Parece reprimida la revolución del Yunnan. Exageróse al principio su fuerza por las autoridades provinciales para recabar con más presteza del Gobierno armas y dinero. Es el Yunnan tal vez la provincia más pobre de la China. Los cómplices de los revolucionarios en el Japón han acusado á los franceses de haber ayudado á la China en la represión de la asonada, jurándoselas que algún día les pedirán estrecha cuenta de su conducta. Persiguiendo á los insurrectos que huían hacia el Tonkín, los soldados chinos hicieron fuego contra una patrulla francesa, matando á un oficial y cuatro soldados é hiriendo á otros cuatro. Se ignora todavía la reparación que Francia exigirá de la China. 2. Los Estados Unidos han devuelto á la China 10 millones de *dollars* que sobraron de la indemnización de los perjuicios del 1900. ¿Qué hacer con ellos? El Virrey de la Mandchuria pretende que se den á él para promover la administración. Otros opinan que deben emplearse en la marina que el Gobierno piensa crear.

Nueva Guinea inglesa (*Oceania*).

Fiesta pagana.—El Rdo. P. Eschliemann, de los Misioneros del Sagrado Corazón, de Isudun, escribe desde Oba-Oba al Rmo. P. Lanctin:

Moka, el gran jefe de la tribu de los Vale, nos invitó hace pocos días á la gran fiesta que celebraban con motivo de la cosecha del sagú. ¿Qué hacer? Ir era condenarse á fatigosa marcha á través de montes y valles, arriesgada y difícil. Y si no íbamos, nos exponíamos á disgustar á aquellas buenas gentes, que no dejan de tener su amor propio. Lo meditamos, y resolvimos aceptar la invitación del jefe.

Henos, pues, al P. Chabot y á mí, convertidos en verdaderos turistas: no nos falta nada, ni los gemelos... El sol, aunque matutino, empieza á hacerse respetar... Por fin llegamos al pueblo: se nos ha visto de lejos y repetidos disparos anuncian nuestra llegada.

Nos tributan una recepción cordial y entusiasta. Como es natural renovamos antiguas amistades y contraemos otras nuevas. Los niños se agrupan á nuestro alrededor, nos miran cariñosamente y acaban por saltarnos al cuello alegres y juguetones. ¡Qué bulliciosa es la infancia!... ¡Ojalá pronto sean estas cabecitas santificadas con las aguas regeneradoras del santo Bautismo!

Nosotros, los *grandes hombres*, como dicen estas gentes, sólo venimos por lo mejor de la fiesta: mañana tendrá lugar la solemne distribución de *tsitsi* (carne): cerdos, carneros, casuarios (1), etc... La noche que vamos á pasar en el pueblo será deliciosa: ¡ya lo creo! El continuo gruñir de sesenta cerdos que sienten próxima la hora de su muerte, la gritería de las gentes que corren para coger alguna víctima fugitiva, la infernal humareda de las hogueras, que os ahoga y no os deja respirar, y los innumerables rapazueros que tienen la osadía de jugar y alborotar á vuestras narices, todo contribuye á no dejarnos dormir un instante.

(1) Casuario, género de aves del orden de los zancudos brevípenas. Esta ave es propia del archipiélago indio; su tamaño es algo menor que el de avestruz.

Al día siguiente, por la mañana, animación indescriptible. El jefe, no obstante, parece poco dispuesto á celebrarla tan pronto la gran fiesta.

— ¡Cómo! le decimos; ¿así nos tratas? ¿somos *grandes jefes* y nos haces esperar? ¡Ea, mata en seguida los cerdos, que hemos de partir; sino renunciaremos á tomar parte en el festín!

Inmediatamente el buen hombre se apresura á reunir las últimas víctimas, y á eso de las diez de la mañana, bajo un sol abrasador, empieza la degollina de los cerdos. ¡Qué carnicería! Todos los hombres se convierten en matarifes. En un segundo se ha sacrificado unos sesenta animales. Están alineados en el patio: ¡los hay de todas edades, colores y tamaños. Sus patas delanteras descansan sobre la espalda del vecino: parece que quieren abrazarse como compañeros de infortunio.

Terminados estos preludios, el jefe abre la sesión con un discurso de circunstancias que no tiene nada de vulgar. Luego se procede á la distribución de *tsitsi* (carne), la que se hace con el mayor silencio. El jefe toca la porción con una varita y el destinatario se la carga á la espalda y huye á toda prisa. Ni que la robara huiría como huye.

Acto seguido, como es natural, se celebra un banquete. Pero ¡ah! ¡cuán poco satisfacen estas fiestas! ¡Lo que llenaría todos mis deseos sería poder salvar las infelices almas de estos hijos de la naturaleza, que viven tan alejados de Dios! ¡Rogad y haced rogar por mis pobres canacas!»

Misiones de Padres Capuchinos.—Según las recientes estadísticas oficiales, los Capuchinos tienen en lejanos países 890 misioneros, que cuentan en sus distritos 47,000 fieles, y cuya población total es de 127 millones de habitantes.

Tienen establecidas 36 Misiones, de las cuales algunas están en Europa (Filópolis, Constantinopla, islas Candia, Cephalonia y Rhete); 10 en Asia (islas Seychelles, Gallas, Eritrea, Samaliboud); 13 en América (Brasil, Chile, Ecuador, Venezuela, Montevideo, Cazuela, etc.) y 4 en Oceanía (islas Carolinas, Marianas, Filipinas y Borneo).

CREENCIAS DE LOS CHINOS

(Conclusión)



SE dice que en tiempos de la dinastía Han, se introdujo el Budhismo en China, y desde entonces ha progresado de tal manera, que hoy día se cuentan muchísimos más templos dedicados á Budha que á Confucio.

Los templos dedicados á Budha están situados, por lo general, en los sitios más pintorescos del país; en la cumbre de elevadas montañas, y aunque tienen su inconveniente en el invierno, en cambio en los ardores del verano gozan de fresca brisa, que nunca falta en puntos tan elevados. Dichos templos ó pagodas están dotados de inmensas propiedades, que producen cuantiosas rentas para el sostenimiento de los bonzos y ornamento de los edificios.

No se puede decir cuál será el porvenir del Budhismo en China; dejando esta cuestión aparte, me conten-

taré con describir una gran solemnidad budhista para solaz de nuestros lectores.

En el octavo día de la luna cuarta se celebraba la gran ceremonia de la consagración de los bonzos, llamada la *fiesta del baño de Budha*.

En la víspera de esta gran fiesta se reúnen todos los aspirantes á la dignidad de bonzos en la gran pagoda de la localidad á que pertenecen, para hacer sus ejercicios *espirituales* y enterarse de las ceremonias. La campana empieza á sonar á las ocho de la noche, al sonido de la cual, los bonzos se arrodillan en sus respectivos sitios, delante de la estatua de Budha. Se hace una pequeña oración en común, y en seguida empiezan los grandes cánticos. Después de terminados, el jefe de ellos, con toda la pausa y la gravedad que requiere el caso, se acerca al pedestal donde se halla una pequeña estatua de Budha, y cogiéndola con mucha prosopopeya en ambas manos, la coloca en una gran fuente de oro ó plata, hermosamente trabajada y bruñida, y con una

especie de concha, también de plata, derrama agua sobre ella muy poquito á poco. Durante este baño, que es de media hora, los bonzos se dedican á la adoración y á hacer sonar los instrumentos músicos, resultando un conjunto muy poco armónico. Terminado esto hay un descanso bastante largo.

A eso de la media noche empieza la ceremonia de la consagración de los bonzos. Los aspirantes á tan *honroso puesto ó cargo*, y que de veras lo pretenden, ya por vocación, movimiento *primo-primo*, imposición ó conveniencia, pasados los tres años de prueba en cualquier pagoda, deben someterse á todas las formalidades que requieren sus estatutos si quieren ejercer después públicamente las funciones del culto budhista.

El magnífico salón donde campea la enorme estatua de Budha, se ilumina con toda profusión, y sobre las hermosas y limpias mesas, cosa rara en China, se colocan la inmensa caterva de apóstoles budhistas, adornados lujosamente con toda clase de emblemas religiosos.

Delante de las imágenes escogidas por patrón, hay una especie de reclinatorio con el nombre del postulante, donde se arrodilla después de haber meditado seriamente las responsabilidades que va á contraer.

Sobre la cabeza del postulante, completamente afeitada, se coloca un pedazo de yesca de forma cónica, saturado de incienso, el cual es encendido por el jefe de ellos; mientras que se consume, produciendo los dolores que es consiguiente, el postulante, en lugar de gemir, tiene que leer en alta voz una oración señalada *ad hoc*, y he aquí la explicación de las cicatrices que tienen los bonzos en el cráneo, completadas después con un hierro candente. Su número es vario: los hay que

llevan tres, cuatro, hasta nueve, según el *grado de perfección*.

Al día siguiente tiene lugar otra ceremonia que se titula la *recepción de los bonzos*, en la que los antiguos felicitan á sus nuevos compañeros. A los recién consagrados se les extiende un diploma, firmado por el jefe, para que puedan tener entrada libre en cualquier pagoda del imperio.

En el grande comedor de los bonzos reina el más absoluto silencio durante la comida, y allí no aparece otra clase de manjares sino vegetales. En el sitio de meditación están inmóviles como una estatua; los ojos cerrados, cruzadas las piernas, las manos juntas, como si en realidad estuviesen transportados á otra región más feliz.

Uno de los bonzos que tomaba parte en las ceremonias anteriormente descritas, fué á visitar á un amigo suyo que vivía en la villa. Invitado á comer y sentado á la mesa, participó de todos los manjares que aparecieron, sin exceptuar la carne; el amigo, que conocía el modo de vivir de los bonzos, se quedó asombrado, y al notarlo el bonzo, le dijo: «Oh, amigo, Budha es muy bueno y no repara en tales minuciosidades.»

En efecto, Budha es un dios muy alegre, á juzgar por su imagen; los ojos parece que están bailando dentro de las órbitas, asomando en sus labios una sonrisa perenne.

La historia budhista dice, por otra parte, que el primer budha fué un hombre muy amable y cariñoso, consistiendo su principal misión en sacar de la miseria á la humanidad para llevarla al cielo del placer.

Un Misionero.

MEMORIAS DE UN SALVAJE

POR EL R. P. JOSÉ CAYZAC

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN EL KIKUYU (AFRICA ORIENTAL)

(Continuación)

VI.—A la cumbre de la gloria



ERA ya guerrero, pero demasiado joven todavía para pensar en las expediciones lejanas.

Entretanto paseaba mi belleza por los pueblos, acompañado de algunos camaradas que me enseñaban gustosos la teoría de mi arte.

En el país éramos designados con el nombre de guardias de la pública seguridad. Jamás, ni aun ocupándonos en las tareas menos belicosas, abandonábamos el arnés de guerra: para cortar ñames ó patatas y aun para coger del árbol un racimo de bananas, nos valíamos del sable.

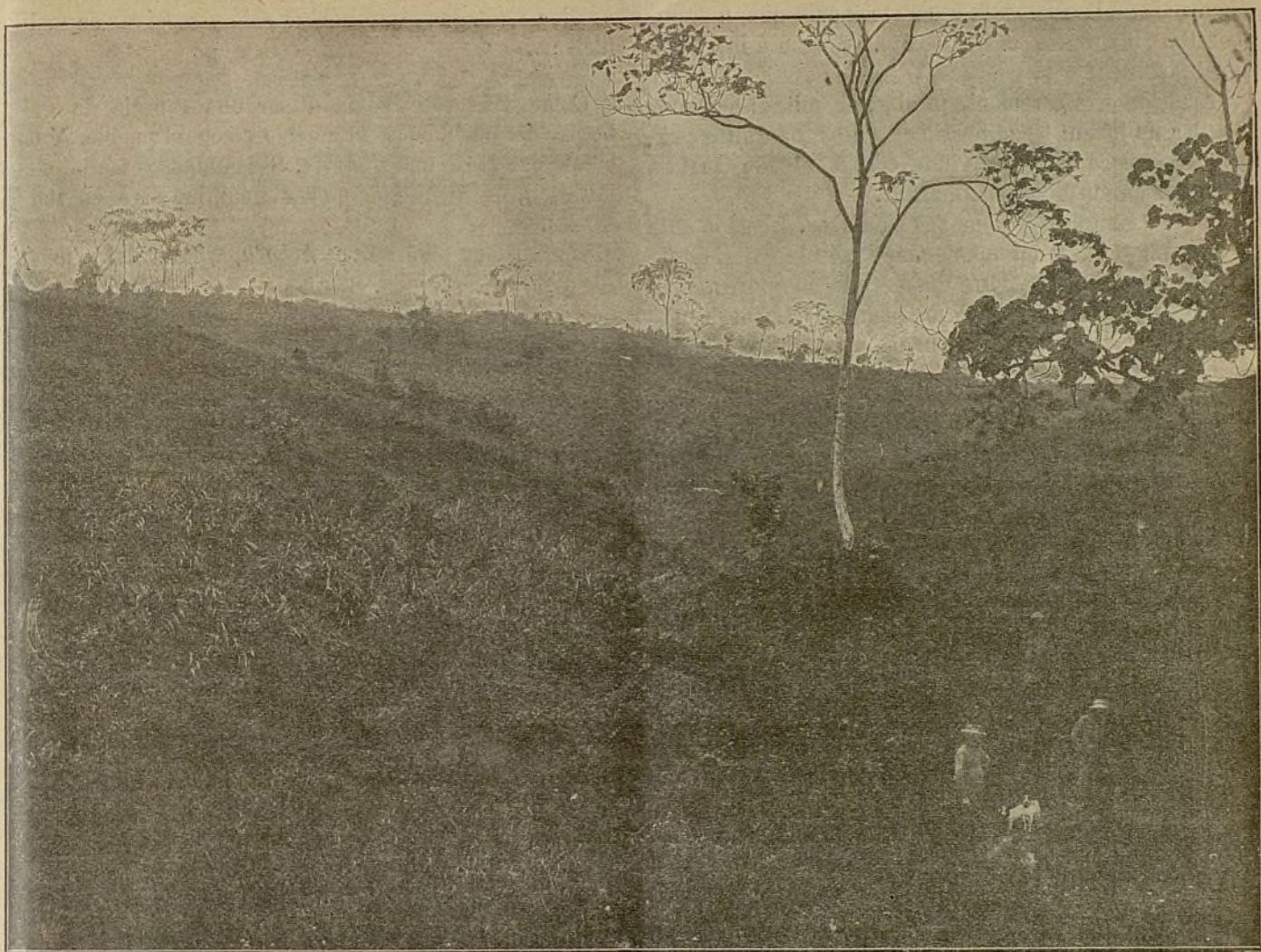
Por la noche, al acostarnos, dejábamos las armas á nuestro lado, al alcance de la mano; el escudo nos servía de almohada. El grito de alarma podía á la horaarnos pensada herir nuestros oídos, y por consiguiente de-

bíamos estar siempre dispuestos á acudir en auxilio de los nuestros.

No teníamos nada que, ni de cerca ni de lejos, pareciese un Gobierno constituido. Allí ni sabíamos lo que era la monarquía, la oligarquía, la autocracia, ni la república. Nos gobernábamos á nosotros mismos, cada cual por sí, según sus propias luces. No teníamos ni rey, ni presidente, ni emperador, ni general, ni juez, ni alcalde de barrio. No conocíamos otra autoridad que la de nuestros «viejos;» á ellos y sólo á ellos debíamos obediencia y respeto.

Y á pesar de vivir de esta manera, tan sin gobiernos ni constituciones, puedo afirmar por mi alma y por mi conciencia que no estábamos del todo mal: casi á diario celebrábamos alegres danzas que nos divertían la mar.

Según las doctrinas de nuestros sabios, danzar es tan instintivo en el hombre, como comer, beber, hablar, etc. La danza, dicen, es la manifestación de los



ÁFRICA ORIENTAL.—EN PLENO PAÍS KIKUYU.—Reproducción de fotografía enviada por el P. Cayzac.

instintos más naturales de los hombres en general y de los guerreros en particular: alegría y gloria.

Y para poner en práctica esta hermosa doctrina, nuestros hechiceros viejos y valientes crearon, allá en los tiempos más remotos, dos danzas principales.

Eran, pues, exclusivamente nuestras la danza de la alegría, *kechukia*, y la de la gloria, ó de la guerra, *kebata*.

Nuestras parejas eran las jóvenes solteras.

Las mujeres casadas no tienen derecho á danzar.

Y eso probaba, quizás, el talento de los hechiceros: pues las mujeres casadas pierden la alegría, y no se toman interés por la guerra... La danza de la alegría empezaba al anochecer, cuando el calor es menos intenso, más fresca la brisa y los pájaros vuelven á sus dulces gorjeos.

Los guerreros dábanse las manos y formaban un gran corro, dentro del cual las guerreras formaban otro más pequeño. En el centro, dos ó tres jóvenes, dotadas de hermosas voces, entonaban alegres canciones, cuyos estribillos repetían todos los danzantes. La danza empezaba. Dada una vuelta completa, esto es, llegados los individuos de cada corro al punto de partida, el guerrero tomaba de las manos á su guerrera, y, sin dejar de cantar, saltaban y bailaban bulliciosamente al compás de los cascabeles de los hombres y de las cadenas de sus parejas. Cuando estaban cansados de saltar

volvían á tejer el corro, y luego á romperlo otra vez, y así sucesivamente por espacio de un par de horas, que eran de general regocijo y algazara... Y puede afirmarse que aquella era en verdad la danza de la alegría, porque era inocente...

Nosotros preferíamos la danza de la guerra. Parece ser que en tiempos que fueron los blancos se batían como nosotros, con lealtad y valor, sin más armas que la lanza y el sable. No me sorprendió saber que en aquel entonces eran aficionados á los torneos, fiesta militar muy parecida á nuestra *kebata*.

La *kebata*, ó danza de la gloria, se celebraba cuando es más ardiente el sol, cuando sus dorados rayos hacen brillar con mayor esplendor las negras plumas de gavilán del tocado de los hombres, el afilado acero de las lanzas y los vistosos colores de los escudos.

En una pequeña eminencia que domine el campo de la lucha estaban nuestras «señoritas,» las cuales permanecían de pie en apretadas filas ostentando en la mano artísticos ramos verdes.

Frente de ellas, y en el extremo opuesto, los guerreros aguardaban impacientes el momento de lanzarse á la arena.

De pronto aparece en la escena un venerable anciano. Lentamente recorre el recinto y va echando por donde pasa puñados de polvo blanco para ahuyentar los

demonios de la discordia y para impedir que ninguna batalla, riña, duelo, combate, etc., vengan á interrumpir la danza.

Acabada esta ceremonia preliminar mirad: acaba de «salir» un joven: lanza horribles gritos, da saltos prodigiosos, hace mil maravillas con el escudo, mata á lanzazos un enemigo imaginario...

Pero el éxito no corona sus esfuerzos. Llegado ante las espectadoras, ninguna se mueve: en la galería reina sepulcral silencio. Este guerrero es un pobre *ndero*; todavía no ha «muerto ningún hombre.» Las espectadoras reservan sus ambicionados aplausos para quien sea más digno de ellos.

Ved ahora este segundo joven que ha «salido.» La negra cabellera de guerrero le cae sobre la espalda. No lleva ni escudo ni lanza. Avanza tranquilo, desenvainado el sable, dispuesto á hacer, con indiferencia, algunas evoluciones graciosas.

Sin embargo, apenas llegado á veinte pasos de las «señoritas,» se desencadena una tempestad de aplausos. Y sólo ha «salido» con el sable. Bien saben qué significa esto. Como corriente que rompe sus diques las jóvenes avanzan y en ondas tortuosas se precipitan al encuentro del guerrero. Y agitando bulliciosamente los verdes ramos por encima las cabezas, lo acompañan en triunfo al grupo de sus compañeros, que están muy satisfechos.

Y la causa del triunfo es que este guerrero es *moora-gani*, esto es, ha «muerto su hombre.» Tiene el privilegio de salir con sólo el sable, y le basta dejarse ver para cautivar todos los corazones...

Terminada la danza aprovechábase aquella ocasión en que estaba reunida tanta gente para celebrar sesión parlamentaria. Los hombres sentábanse en el suelo formando un gran corro. Uno de los «viejos» se levantaba y tomaba la palabra:

«Empieza á robarse la caña de azúcar en el vecindario: en lo sucesivo el ladrón será condenado á la suerte de este bastón. (Y arrojaba con todas sus fuerzas uno de los varios palitos que tenía en la mano).

«El precio de un carnero está fijado en tantas cargas de maíz: el que lo vendiere más ó menos caro sufrirá la suerte de este bastón. (Y arrojaba otro palito).

«Van á hacerse sacrificios para que llueva: el que se negare á dar un carnero acabará de igual suerte que este bastón. (Y arrojaba un tercer palito).

«Los hechiceros se han dignado emprender la arriesgada y difícil tarea de cazar las hienas que asolan el país: el que les negare un carnero morirá como muere este bastón. (Y arrojaba otro palito).

«Este año queda prohibido plantar patatas...

Al oír tamaño aserto agitaba la asamblea un murmullo de reprobación parcial primero, pero muy pronto unánime y amenazador. Esta última ley no obtenía el consentimiento del pueblo y no pasaba adelante. El

«viejo» tenía que guardarse el palo y reservar su maldición...

Como veis esto venía á ser una especie de gobierno del pueblo por el pueblo y con el pueblo. Y no creáis que fuese una tontería. Si los blancos me lo permitiesen, les diría que quizás ganarían algo en imitarnos.

Durante las verbenas de *kebata*, á pesar del general regocijo, no era feliz. Sentíame triste, avergonzado y aun envidioso: ¡cómo no, si me faltaba la gloria!...

La suerte me reservaba una felicidad tan grande como inesperada.

Una noche me fuí á descansar algo mohino y malhumorado.

Generalmente solía dormir en la *singira*, casa-corrál en que se aprisca el ganado.

Los camaradas que habían velado conmigo al rededor de la lumbre estaban ya descansando. Yo dormía y soñaba que daba muerte á un sin fin de Massais, cuando me despertó el ruido de extraña agitación en el rebaño.

Escuché atentamente, y oí un ruido sordo que adiviné era producido por un sable que golpeaba las paredes de tierra del *singira*.

Procurando evitar el menor ruido bajé de la cama y me puse en acecho. La noche estaba clarísima, y por la grieta de la puerta ví lo que sospechaba: un hombre apostado junto á la puerta lanza en ristre, dispuesto á traspasarme caso de que saliese; entretanto su compañero abría brecha en la cerca para hacer salir los carneros uno á uno.

Los Massais, que son gente astuta, se habían dicho: «—Si el que está dentro despierta, su primer intento será salir, y de una lanzada acabaremos con él. Si no despierta, dejémosle dormir en buena hora.»

Me eché de nuevo en cama y fingí dormir procurando no perder detalle de cuanto pasaba en mi *singira*.

Sale el primer carnero, un tercer Massai lo toma y lo pasa por encima de la cerca á otro que esperaba en la parte de fuera...

Los ladrones debían ser cuatro, porque al cuarto carnero abandonaron su trabajo.

Entonces, cogiendo la lanza, la misma que en otro tiempo había muerto á mi padre, la clavo por la espalda al primer Massaia próximo á saltar la cerca, y tan recio fué el golpe que lo traspasó de parte á parte. Los otros dos intentaron esconderse por los matorrales, pero sin darles lugar á ponerse en salvo, de un par de sablazos les partí el cráneo.

En mi delirio olvidé los cuatro carneros: el cuarto Massai no debe estar del todo descontento...

La acción no duró un minuto; pero en ella vengué á mi padre y á la par me coroné de gloria.

¡Ya no era *ndero*! ¡era *mooragani*!

(Continuará).



LOS MISIONEROS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARIA EN LA CIUDAD DE ANTOFAGASTA (CHILE)

A fundación de la Casa-Misión del Corazón de María en la ciudad de Antofagasta, fué un hecho realmente providencial. Cierta piadosa dama de Santiago quiso que se estableciesen los misioneros en el Norte, por ser la parte de la República más necesitada de los auxilios religiosos, y por haber allí un campo vastísimo y completamente abandonado. Los primeros pasos se dieron en Iquique, á donde se dirigió el Rdo. P. Ramón Genover, visitador, en 1902, de las Casas

de la Congregación, en Chile, Argentina y Brasil. Fracasaron todas sus diligencias, sin poder llegar á ningún acuerdo con el Ilmo. Sr. Cáster, vicario apostólico de Tarapacá.

Volvíase dicho Padre sin haber arribado á ninguna conclusión satisfactoria, cuando, al llegar á Antofagasta, se le ocurrió bajar á tierra, y habiendo visitado al muy Ilre. Sr. vicario D. Felipe Salas Errázuriz, le dió á conocer el objeto de su viaje, y las dificultades que se habían presentado para la realización. Al momento le ofrece el Sr. Salas con la mejor voluntad una iglesia y una casa junto á ella, que estaba edificando para poner una Comunidad religiosa. Se convinieron en las bases de la fundación sin dificultad por ninguna de las partes, y se determinó que tan luego estuviese concluída la casita irían los Padres á tomar posesión de ella. A principios de Marzo de 1903 salieron de Santiago el Rdo. P. Cristóbal Soteras, de Curicó, el Rdo. Padre Ambrosio M. García, y de Andacollo el Hermano Coadjutor Sixto Carnier, que eran los tres individuos destinados á iniciar la nueva fundación de Antofagasta, llegando sin novedad á dicho puerto el día 10 del mismo mes. La llegada fué muy callada, de suerte que nos encontramos allí sin que nadie se diese cuenta de nuestro arribo, pues se creía cosa casi imposible la fundación de un convento en una población semejante.

Pero luego se dieron á conocer los Padres por los trabajos apostólicos que emprendieron no sólo en la iglesia vicarial, sino también en los dos Hospitales de la ciudad, en el lazareto, en la cárcel, en los colegios, etcétera, etc. Vamos por partes.

IGLESIA VICARIAL.—Desde el momento en que se establecieron los Padres, han ayudado sin miramiento á sacrificios de ningún género al ilustrísimo señor Vicario, ya con la predicación de la divina palabra, ya en los demás servicios que se les han pedido. Las Misiones que año tras año se han predicado, los novenarios, semanas santas, y otras instrucciones al pueblo, son pruebas claras de lo que voy diciendo. Cierto es que gran parte de los frutos que se han conseguido se deben á la protección que han dispensado á los misioneros y á los esfuerzos de los dos señores Vicarios, que han estado gobernando con tanto acierto el Vicariato de Antofagasta.

HOSPITALES.—Menudearon las visitas de los misioneros á los pobres enfermos desde su llegada; y cono-

ciendo que sólo por el cariño se ganarían aquellos corazones prevenidos por malas lecturas contra el sacerdote católico, y más todavía por los vicios más degradantes, comenzaron la obra de la restauración de esos seres tan desgraciados bajo todos conceptos, conversando con ellos amigablemente, llevándoles algún obsequio, y proporcionándoles lecturas que, á la par que los instruían, iban poco á poco obrando en ellos un cambio moral que se ha echado de ver principalmente cuando ellos mismos han pedido los Santos Sacramentos para prepararse al último trance. Uno de los Padres fué nombrado capellán de dicho Establecimiento en Febrero de 1905, y desde ese momento se trabajó con mayor éxito en la salvación de aquellas almas. Recuerdo que por entonces el oficio del capellán se reducía á celebrar la santa Misa, y sólo cuando era llamado por algún enfermo ponía sus pies en las salas, pues otra cosa no permitía el Reglamento del Hospital; de suerte que eran muy contados los que morían con los auxilios religiosos. Mas poco á poco se han ido venciendo todos los obstáculos merced á la buena voluntad de los señores Administradores, y ahora sin necesidad de excitarlos al cumplimiento de su deber, la mayor parte llaman al sacerdote, y movidos por su propia conciencia piden que se les administren todos los Sacramentos. También se extiende el celo de los Padres al Hospital inglés establecido por la Compañía del ferrocarril á Bolivia. En él se recogen todos los empleados y trabajadores del ferrocarril, y como muchos son católicos, la empresa ha visto con buenos ojos que el sacerdote católico visite y asista á dichos enfermos y les administre los Santos Sacramentos. Con frecuencia un Padre pasa sus ratos en dicho Hospital, y no pocas veces es llamado expresamente para atender á los pacientes.

LAZARETO.—¿Quién no ha oído hablar de las enfermedades epidémicas que han sentado sus reales en la desgraciada ciudad de Antofagasta? El año 1903 y 1904 llamó á sus puertas por primera vez la terrible peste bubónica; durante ocho meses fueron renovándose en sus salas infinidad de enfermos, muchos de los cuales pagaron con su vida el ataque de la terrible enfermedad. El Sr. D. Felipe Salas Errázuriz, pidió el auxilio de los Padres para atender al servicio espiritual de los desgraciados moradores del lazareto. Sacrificio grande era el meterse con peligro de contraer la enfermedad en aquel lugar de infección; pero uno de los Padres tomó á su cargo el lazareto, y asistió constantemente todos los días durante el tiempo de la epidemia á cuantos necesitaron de su ayuda. Todo se hizo por gratitud al muy ilustre señor Vicario, por amor á la humanidad doliente y por buscar la salvación de las almas.

Otra enfermedad domina casi siempre, y con muy pequeños intervalos de descanso, en la clase trabajadora de la ciudad de Antofagasta: es la viruela, enfermedad más repugnante á la vista que la misma bubónica, y que por lo mismo requiere y exige del sacerdote no menor sacrificio para la asistencia de los atacados.

A ellos se ha extendido asimismo la caritativa solicitud del misionero, ya en el lazareto, ya en las casas particulares, siempre que se le ha avisado, y esto no por ningún lucro temporal, ni buscando vanas alabanzas de los hombres, sino por caridad para con el prójimo, y buscando en todo la mayor gloria de Dios. Así lo han reconocido los mismos enfermos, que en más de una ocasión públicamente han dado muestras de correspondencia y gratitud hacia sus buenos amigos, como llaman á los misioneros.

CÁRCEL.—Pero si los que sufren las dolencias del cuerpo en las salas de un hospital ó lazareto merecen compasión y auxilio de nuestra parte, no lo merecen menos los desgraciados encarcelados. Querer pintar los horrores que sufren esos infelices hermanos nuestros, que yacen privados del bien más apetecible, cual es la libertad, y aherrajados en húmedos, oscuros y fríos calabozos, pagando á veces con meses y años de sufrimientos una falta ligera, que se cometió sin premeditación, y cuyas consecuencias podríamos calificar de nulas, sería cuestión muy larga. Si duras son todas las prisiones, si mala impresión causan todas las cárceles al atravesar sus umbrales y sentir tras sí aquellos cerrojos, guardianes de la escoria de la sociedad; hay algunas que podríamos calificar de primera clase por ser muy parecidas á las prisiones de los tiempos bárbaros de la Historia, y una de estas es la de Antofagasta.

Hubo en tiempos pasados, á 2 kilómetros de la ciudad, un establecimiento y fábrica de azufre; para conservar debidamente dicho artículo se trabajaron unos subterráneos, que se cubrieron de piedra en sus cuatro paredes y piso, su cielo está sostenido con gruesas vigas, y entre viga y viga arcos de ladrillo y mezzala; de suerte que parecía un remedo de aquellas cárceles donde los señores feudales alojaban á sus enemigos hechos prisioneros en el campo de batalla. En esos subterráneos, á donde no entra la luz sino por unos portillos abiertos á barreta en el techo, por donde entra á la par el frío de las heladas noches de la pampa, yacen más de 200 reos, criminales unos, desgraciados otros, y digo desgraciados, porque en todas las cárceles se podría colocar aquel letrero que un loco escribió en la pared de su celda: *No son todos los que están, ni están todos los que son.* Sí, esta es una verdad que muchísimos no pueden creer ni comprender, que muchos reos no son criminales: por haber caído en manos de la justicia y haber sido encerrados en una prisión, los creen bandidos, unos malvados y... pero conviene no olvidar el dicho del loco «no son (criminales) todos los que están, ni están todos los que son (criminales).»

La acción del sacerdote tiene un campo muy vasto entre esos infelices, y por esto vemos que, á imitación de Vicente de Paúl y otros héroes de la caridad cristiana, dirigen sus pasos á esos tristes encierros para evangelizar á sus moradores. Que esta obra pida virtud y exija sacrificios, lo comprenderá solamente el que haya tratado con esos seres ignorantes, maliciosos, degradados. Desde la llegada de los misioneros á la ciudad

se ocuparon con empeño de esa cárcel; no sólo han dado todos los años una Misión invocando en favor de los reos la caridad pública, sino que también durante el año y con bastante frecuencia hasta semanalmente se han hecho visitas, dando en ellas conferencias é instrucciones morales acomodadas al estado actual de esos desgraciados. Eso es lo que cambia su corazón, la instrucción religiosa que les habla de Dios, pues el hombre que teme á Dios, no puede ser criminal, al paso que la criminalidad aumenta de un modo alarmante en aquellas naciones, de cuyos centros de enseñanza se elimina la idea de Dios.

COLEGIOS.—La buena semilla arrojada en el corazón de los niños ha dado siempre opimos frutos, por eso los impíos trabajan por apartar de la niñez y juventud al sacerdote, y con leyes draconianas prohíben los Gobiernos enemigos la enseñanza congregacionista y hasta impiden la entrada del sacerdote católico en los colegios del Estado. No faltan, sin embargo, centros de enseñanza que aprecian en lo que vale la presencia de un ministro de la Religión, y lo convidan y le abren sus puertas para que cumpla con una práctica tan placentera.

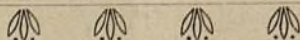
En Antofagasta, además de los colegios del fisco, hay colegios particulares, y hasta dirigidos por protestantes, que llaman al misionero y le entregan los niños para que les haga la clase de religión; ¿quién duda que todo esto contribuye á la moralidad de esos tiernos seres? Pero no contentos con esto los Padres Misioneros piensan abrir las puertas de un espléndido plantel de educación en el próximo año escolar de 1909. Quiera Dios que pronto se realice tan deseada obra, y que los frutos correspondan á los grandes sacrificios que esto impone. Volvamos ahora los ojos á la

CASA É IGLESIA de los reverendos Padres.—Transformadas completamente desde nuestra llegada, han ido progresando, sobre todo la iglesia, que ha recibido tales adelantos en su ornamentación exterior é interior, que no puede compararse con su primera estructura. La fachada, merced á los esfuerzos de uno de los Padres, se transformó admirablemente. El interior de la iglesia, aunque le falta algo para terminar su decoración, presenta un golpe de vista agradable. Toda ella pertenece al estilo corintio puro, y además de su altar mayor, ostenta cuatro altares laterales muy aparentes, llegados últimamente de los acreditados talleres de una casa constructora de Barcelona.

Los misioneros trabajan con mayores esfuerzos, si cabe, en su propia iglesia. Allí se ha instituído la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María, sociedad floreciente y que produce opimos frutos espirituales en los que á ella pertenecen. Merced á su Directorio activo y muy competente, día á día va creciendo y progresando extraordinariamente. ¡Que Dios Nuestro Señor bendiga tan simpática obra! Son mis deseos.

AMBROSIO GARCÍA, C. M. F.

(Continuará).



ENRIQUE SIENKIEWICZ

LOS CABALLEROS TEUTONICOS

(Continuación)

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

—Sí, responde Iurand con la cabeza.

Oyóse entonces en la estancia ligero rumor. Tolima, Chlava y los lacayos de Spychovo encontraban que la clemencia del caballero traspasaba los límites de la bondad. Y se miraban los unos á los otros completamente estupefactos. ¿Cómo? este viejo bandido, este verdugo, este asesino, había de salir sano y salvo de Spychovo? Y sentían que en sus corazones, poco inclinados á perdonar, surgía la indignación, sin atreverse, sin embargo, por respeto hacia Iurand, á exteriorizar en alta voz su descontento y su cólera.


Pero el abate Kaleb, volviéndose hacia ellos exclama en tono severo:

—¿Hay alguno entre vosotros que se atreva á oponerse á la voluntad de un santo? ¡De rodillas!

Y después de haberse arrodillado él el primero, se puso á rezar el *Padre nuestro*.

Al llegar el sacerdote á estas palabras: «Y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores,» Iurand levanta hacia el cielo los dos huecos vacíos que le quedaban en lugar de los ojos, y su mutilado semblante se iluminó de una alegría que ya no era de este mundo...

XXXIV

ONFORME á la voluntad de Iurand, Sigifredo de Löwe fué puesto en libertad. El mismo anciano Tolima lo condujo hasta la frontera de Prusia, para que los mazovianos no lo matasen á palos por el camino.

Fiel cumplidor de la voluntad de Iurand, el abate Kaleb llegó hasta á dar al miserable, caballo y víveres...

Fué, pues, un perdón cristiano en toda la extensión de la palabra.

Una vez que hubieron llegado á la frontera, Tolima dice al Teutónico:

—Ya estás en Prusia... Nada tienes, pues, que temer de los hombres... Ahora Dios sólo habrá de juzgarte...

Y volviendo la cara se aleja rápidamente sin echar ni una sola mirada hacia Sigifredo, que, con la cabeza baja, partió en silencio.

El anciano estaba como alucinado. Aquellos pocos días que había pasado en compañía de Chlava, galopando día y noche hacia Spychovo atado á su caballo y en expectativa del terrible castigo que Iurand le impondría, habían acabado por trastornarle el juicio.

Después de la partida de Tolima, se internó en

el bosque que tenía que atravesar para ir á Ortelsbourg, y prosiguió su camino con los ojos huraños y el rostro azotado por el viento.

De súbito parecióle que alguien corría detrás de él.

—¿Quién eres? exclama.

—¿No me conoces? le dice una voz muy cerca de su oído. Soy yo... antigua amistad... Te busco desde hace mucho tiempo...

—¿Quién eres tú? exclama el anciano.

—¡La muerte!

—¡Aquí me tienes! responde el loco. ¿Qué me quieres? ¡Habla!...

—¡Ven! dice la Muerte. ¡Apresúrate! No tenemos tiempo que perder... Tu hora ha llegado... ¡Vamos, sin cobardía! ¡Detén tu caballo!... Te espero...

—¡Heme aquí! repite Sigifredo con voz sorda.

Y detuvo su corcel.

Al día siguiente los transeúntes encontraron en el bosque un ahorcado.

Era Sigifredo de Löwe, alto dignatario entre los Caballeros Teutónicos...

A pesar de todos los esfuerzos de Zbyszko, no obstante los grandes cuidados de que la rodeaba, la infeliz Danusia entregó su alma al Todopoderoso, antes de su llegada á Spychovo.

Murió en brazos de su esposo, una hermosa tarde en que el sol brillaba en todo su esplendor, en el bosque contiguo á los vastos dominios de su padre.

Ya hacía días que Zbyszko perdiera toda esperanza de salvarla; y permanecía sentado á su lado en el coche en que la desventurada yacía tendida, con el corazón muerto de pena, con el alma muerta de quebranto.

Se aproximaba el último momento y todavía no se había podido lograr que conociese á su esposo, cuando de súbito, le mira fijamente y dice con voz que indicaba toda su presencia de espíritu:

—¡Zbyszko!

—¡Danusia! ¡esposa mía amadísima! exclama el joven caballero en el colmo de la emoción. ¡Por fin me has conocido! ¡Sea Dios bendito! ¡Pronto estarás curada!

—¿En dónde estoy? murmura en voz muy queda.

—Estamos todos muy cerca de Spychovo, le responde Zbyszko con voz temblorosa. Vamos á casa de tu padre... Ya no estás en cautiverio...

Danusia se sonrió, con dulce sonrisa en la que se leía la dicha mezclada con la gratitud, y dice:

—¡Veo que no me habías olvidado!...

—¡Olvidarte!... ¡yo!... ¡Oh amada mía!...

Esta breve exclamación de Zbyszko era más persuasiva y elocuente que el más solemne de los juramentos.

¡Con cuánto gusto hubiese dado en aquel momento toda su sangre gota á gota, por salvar la vida á su Danusia!...

De pronto, exhala un grito de horror. El rostro de Danusia, ya tan blanco y tan enjuto, empieza á palidecer á ojos vistas, al mismo tiempo que copioso sudor corría por su frente.

—¡Danusia! ¡por Dios! ¿qué tienes?

—Es de noche, murmuró entre dientes la infeliz moribunda.

—¡Cómo dices que es de noche!... ¡No, esposa mía!... Te equivocas... El sol brilla esplendoroso... el día está magnífico... ¡vamos á casa de tu padre!...

—¡Noche!... repite Danusia.

En seguida abre desmesuradamente sus encantadores ojos azules, los fija en Zbyszko... y los cerró para no abrirlos jamás...

El desgraciado joven se lanza, como loco, sobre el cadáver, besa su dulce semblante, tan hermoso, tan plácido, tan suave—rostro de niña dormida—y prorrumpe en amargo llanto.

—¡Danusia! ¡mi querida Danusia! ¡amor mío! ¡Danusia! gritaba con voz desgarradora. ¡Espera un poco! ¡Espera á que hayamos llegado á Spychovo; que tu padre tenga á lo menos el consuelo de oír tu voz, antes de perderte para siempre!...

Mas Danusia ya no oía... Su alma había volado al cielo, y su cuerpecito, extenuado por su prolongado cautiverio, ya no se movía, sumido en el sueño eterno de la muerte.

El mismo Zbyszko se encargó de anunciar á Iurand que todo había acabado... que Danusia había desaparecido para siempre...

—¡La había buscado con ansia febril, y había logrado encontrarla! exclamaba con voz quebrantada por el dolor, llena de desesperación. ¡Prefirió irse al cielo á venir conmigo á Spychovo!...

Y abatido, aplastado por el sufrimiento se dejó caer sobre el pecho de Iurand, sollozando y repitiendo:

—¡Jesús mío! ¡Jesús mío!

Y ambos—el anciano de mutilado rostro y el joven que daba casi los primeros pasos en la senda de la vida—permanecieron algunos instantes fuertemente entrelazados, una vez más unidos por el mismo dolor.

Por fin Iurand, desprendiéndose suavemente de los brazos de Zbyszko, toma su bastón y se hace llevar á donde está el cuerpo de Danusia.

Pasea la única mano que le quedaba á lo largo del rostro de su hija, tocó su cuello, acarició sus manos cruzadas sobre el pecho... En seguida levanta hacia el cielo su brazo mutilado, y dos gruesas lágrimas corren por su destrozado rostro.

Entretanto el abate Kaleb, después de haber bendecido el cadáver, se puso á rezar en voz alta:

Requiem æternam. Zbyszko, anonadado por el dolor, permanecía á un lado de la estancia, inmóvil como una piedra.

Aquella misma tarde Iurand sufrió un ataque de parálisis y perdió el conocimiento, y después de haber vivido unas semanas más en completo estado comatoso voló á unirse con su hija querida...

Después de la muerte de Danusia y de Iurand, Zbyszko permaneció algún tiempo en Spychovo medio muerto él también.

Pasaba los días, ya en el patio, donde permanecía horas enteras sentado en un banco sin moverse, ya en el bosque, ya, en fin, en la bóveda donde reposaba su querida muerta.

Por fin, un día monta á caballo dominado otra vez por el ansia de la lucha. Seguía en guerra la Lituania, y Zbyszko decidió alistarse en el ejército de Witoldo. El joven caballero antes de partir hizo voto de traer de la guerra tantas plumas de pavo real como le fueran necesarias para cubrir el panteón de Danusia y el de sus padres, víctimas los tres de los alemanes.

El anciano Mateo, que en vano había tratado de retener á su sobrino, volvióse á Bogdaniez, y el tchèque Chlava se quedó en Spychovo, encargado con el fiel Tolima de la administración.

CUARTA PARTE

XXXV



UN año había transcurrido desde la partida de Zbyszko para la guerra de la Lituania con la Orden Teutónica. El anciano Mateo continuaba en Bogdaniez, ocupado en construir un castillo para su sobrino, pues tal era desde hacía mucho tiempo su sueño dorado, y ahora podía realizarlo. Zbyszko era inmensamente rico, ya por haber heredado toda la fortuna de Iurand de Spychovo, ya también porque su primo, el Prelado, que acababa de morir, no lo había desheredado por completo, á pesar de sus amenazas, y le había legado una crecida parte de sus inmensos tesoros.

También había muerto el buen Zych, y los dominios de Zgorelitz eran administrados por la encantadora Inés, ayudada por su hermano Juan.

(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Elgoibar.—D. Pedro J. Alcorta. 2 Ptas.
Valencia.—D. Antonio Hernández. 19'75 »

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona